

MI PEREGRINAR EN PEREGRINOS DE AZTLÁN

MIGUEL MÉNDEZ

Después de publicar nueve libros, la primera novela, *Peregrinos de Aztlán*, sigue siendo la puntera. Se han escrito algunas treinta tesis doctorales sobre esta novela. Los enfoques con que se ha venido cubriendo el contexto de la novela en cuestión, varían hasta multiplicarse. *Peregrinos de Aztlán*, ha figurado en cursos de literatura chicana, mexicana y de la frontera. También en cursos de sociología y lingüística ha servido como vehículo. En lo personal, he sido yo el más asombrado ante este relativo acierto, supuestamente literario. A este libro, le concedí el más franco y espontáneo de mis pareceres y observaciones. Lo escribí en mi época de obrero de la construcción y de los campos agrícolas, en lapsos alternados. Escribía después de jornadas tan extenuantes que no podrían conceptuarse en menos de animalescas. Esta novela, a fuer de válvula de escape sirvió para domeñar mi humanidad arisca, tan colmada de pasiones, de rabia, y de una gama de sentimientos en los que también flotaban dispersos, caóticos, los del amor, la tristeza, y los revanchistas, humanos también por mala fortuna. En fin, un koktel de compuestos contrastantes vino a resultar la susodicha novela; se pasó de la raya esta novela; me sombrea; casi, casi, me eclipsa a mis otros libros. Creo de veras, que la novela, *El sueño de Santa María de las Piedras* está mejor confeccionada que *Peregrinos*, más divertida o menos dolorosa. El hombre, propone, pero se le atraviesan, “sin embargos”, “no obstantes”, “emperos”, “peros” y demás motivos que a la postre imponen sus propios reglamentos. Volviendo atrás, en retrospectiva, o en “reculevex” como dicen los campesinos en Sonora, México, ya contraído el terrible germen de la literaturitis, me di a escribir desde edad muy temprana. En esos entonces tenía empeño en diseñarme un estilo literario exento de toda cosa, la más mínima, en la que pudiera dárseme la sospecha de ser alterador de la lengua española, en lo que toca a normas gramaticales y alteraciones al léxico castizo. Naturalmente que la terminología en semejante empeño preconcebido me resultaba un tanto hueca, además de rígida. Eso sí, conllevaba implícito el factor que ahora decimos “apantallador”. Ahora, a la distancia, he llegado a pensar que ser maestro de la lengua y literato son dos cosas totalmente diferentes, a la vez que complementarias de manera estricta. La única alternativa para entender ciertas cosas es entendiendo que no son entendibles.

Lo que pretendo hacer en este escrito, me olvidaba detallarlo, es una especie de anatomía de la novela, *Peregrinos de Aztlán*, para así comentar un tanto de lo que reside en la entraña del fenómeno chicano en varias de sus acepciones; y platicar también de la aventura que me ha significado el haber escrito la novela de marras, tanto en lo referente a mi improvisación en plan de novelista, al igual que como factor en mi vida y destino inesperado, en lo absoluto, por aquello de las complejidades que trae consigo el cambio de oficio, bruscamente: de obrero en labores manuales, rudas, a escritor activo en publicaciones, y maestro de español.

He querido indigar, yo mismo, las razones por las que esta novela ha sido tan curioseada, por si acaso pudiera esclarecer alguno o más interrogantes sobre motivos que atañen directamente al cosmos chicano que expuse, siendo yo parte integrada a su mismo entorno y humanidad. En otras palabras, además de hacer de autor omnisciente, figuro también como atestigüador en el contexto de esta obra; en ambos casos, de modo consciente e intencional.

Al ejido de, El Claro, sito en Sonora, México, poblado en aquellos días por unas quinientas personas, llegué cargando con una humanidad de unos cuatro meses. Habían vuelto

mis padres de los Estados Unidos. Unos años más tarde, la escuela primaria de, El Claro, más las cajas de libros que traían consigo mis padres, fueron la llave para que abriera puertas hacia el interior de mi universo mental. A pesar de que no entendía todo lo que miraba a mi alrededor, ni lograba definir el juego imaginario que se me daba en la fantasía, sin permiso alguno, bien que fui aprendiendo a ver desde fuera hacia dentro, guiado por la intuición vivísima de la que está dotado todo niño. Me obsesionaba la idea de querer ser algo, no definido; hasta que topé con la idea de escribir. Quizá si hubiera tropezado primero con las matemáticas o lo que fuera, pues por ahí habría tomado rumbo.

Al llegar a los Estados Unidos, de catorce años, sin más compañía que mi miedo y atrevimiento enormes, me enteré por experiencia personalísima de lo que es amar a Dios en tierra de gringos. A pesar de todo, poco a poco fui albergando un cierto sentimiento conciliatorio de todo lo que me rodeaba. Aun no acaban de contentarme muchas cosas; en parte por lo que yo pueda tener de prejuicioso, pues que en eso no sería fácil lanzar la primera piedra. En ese mi aprendizaje en la gran, universidad de la vida, sobreviví en trabajos sumamente rudos, en más de una ocasión a capricho de capataces y patronos insultantes, escarnecedores.

Muchos de los insultos me llegaron en el idioma inglés de parte de los cavernarios para quienes construíamos edificios, cuando no laborábamos en los campos agrícolas. En esos días le cobré una aversión tremenda a la lengua inglesa, a tiempo que buscaba refugio en el lenguaje español. Para esto, troqué los primeros dólares que ganaba y otros más, a cambio de libros: diccionarios de la lengua, de sinónimos, enciclopédicos, y un sin fin de novelas de autores de todas épocas y rumbos. En este afán me significaron un enorme apoyo los hermanos Díaz Pulido; españoles peninsulares éstos, que habían establecido una librería en lugar céntrico en Tucson, Arizona. Lo que les solicitara me lo hacían válido de inmediato. Así que monté un estudio con aires de laboratorio. Contraria a mi actitud, los jóvenes coterráneos de mi edad con los que coincidí entonces se dieron al estudio del inglés; la mayoría de ellos lo dominaron en unos cuantos años. De mi parte no podría afirmar tal cosa. A mi destino entero me lo jugué en un sólo albur: el de conocer el idioma español con la suficiencia necesaria para hacerlo vehículo de mis anhelos literarios. Lo he logrado de manera parcial. Por lo menos algunos familiares, antiguos amigos y amigas, me han redimido del título de loco y obcecado. En mis años juveniles los que me rodeaban o rodeaba yo, jamás tomaron en serio mis aventuras aceveraciones de que eventualmente publicaría libros; mucho menos me creyeron el cuento de que ocuparía un lugar entre el profesorado universitario. Mis amigos toleraban mis arranques con sólo miradas de soslayo. Yo, les ayudaba siempre con una sonrisita boba. Lo que sí me dolió en el alma, creo que hasta en sueños sigue doliéndome, es lo que me dijo entonces una novia muy querida, artista y con profesión, ella. "Miguel, te dejo con tus sueños disparatados, no quieres educarte; nunca pasarás de ser un pinche peón". La vida trae muchas voltaretas. Ahora, de viejo, como que me he vuelto un tanto jactancioso, a sabiendas, conste. Creo que Dios condesciende con esta actitud para atenuarnos un poco los estragos que va trayendo consigo el aislamiento continuo. Doña Soledad, nos va apartando de nuestros congéneres y demás hábitos congruentes con la sociabilidad. Viene a cuento esto, porque a cada ocasión en la que tengo la oportunidad y estoy frente a oyentes, particularmente si son estudiantes avanzados, no tardo en aclararles que sólo estudie, oficialmente, los seis años correspondientes a la escuela primaria en México, y que en los Estados Unidos no cuento con ninguna instrucción formal, ni un día siquiera en ninguna escuela de habla inglesa. Así que en plan de autodidacto, totalmente, figuré desde hace años en el mundo académico estadounidense, mero en la cúspide de la jerarquía universitaria en calidad de profesor de tiempo completo, en el área correspondiente al

idioma español. Bueno, hago estos alardes también para desafiar a los jóvenes a que brinquen y franqueen las cercas o murallas que se les pongan enfrente, y lleguen así a objetivos ambiciosos trazados con ganas. Quizá en esto me favorezca la garra con que los españoles llegaron a lo que ahora es América, dándose en la madre con los ríos, montañas y cuanta cosa toparan. Pues que además de indio bronco, tengo de cierto un señalado parentesco con los españoles. Teresita Ruiz, egresada de la Universidad Complutense de Madrid, y que escribe su tesis doctoral sobre mis modestos trabajos literarios, me dice en una carta, "Por su sentido de humor, D. Miguel, usted podría ser manchego". De la misma manera, creo yo, podría ser vasco, andaluz, castellano; o gallego, por qué no.

Les platicaba que publiqué en 1969, el cuento "Tata Casehua", y en 1974, la novela, *Peregrinos de Aztlán*. El relato y la novela mencionados, respectivamente, me abrieron cauce hacia el rumbo ansiado. Después de muchos años y nueve libros publicados, tengo ahora el privilegio de visitar España. Antes decía, no quiero morir sin visitar España. Ahora digo, no quiero morir sin publicar en España.

Ahora bien, los intentos iniciales en el mundo de la narrativa me dieron un trabajo enorme. Se me ocurre comentar estos detalles, porque de algún modo resultan ser prototípicos de la experiencia en común de los autores mexicanoamericanos que escribimos en español. De alguna manera todos los autores chicanos hemos tropezado alguna vez con motivos y circunstancias jamás dadas en otros intentos creativos ajenos a nuestro microcosmos. Ciertamente, se pudieran señalar paralelos al respecto. Es que, no solamente somos nosotros hechuras improvisadas en plan de autores, sino que lo que narramos y cómo lo narramos, está investido de cosa no usual. Pudiera aducirse que lo nuestro es revelador por aquello de que quizá por mero accidente hemos topado con lo que pudieran ser rasgos de la onopatopeya de las letras, por lo aquello de lo rudimentario e insólito de los componentes que solemos emplear en este afán por escribir.

Escribir mis primeros cuentos y novelas me significó un esfuerzo tremendo; no sólo por ser los primeros intentos, sino porque tanto los temas a novelar, la misma humanidad que novelaría, el marco y trasfondo que trataba de integrar, así como otros factores clave incluíbles, me resultaban extraños. Cosa curiosa, me resultaban ajenos a pesar de ser yo mismo parte activa del ámbito, del medio, todo, con los que armaría lo que por mera intuición avizoraba como novela. Quizá la ignorancia misma sumada a la inexperiencia con las que me di a tarea tan enorme, me llevaron a tropezar con una empresa llevadera a buen destino, sólo con la espontaneidad dable en el ingenuo; audaz, sin embargo.

A estos interrogantes, me los he respondido en estos días. Así que he llegado a la conclusión de que todos los factores a combinar en éstos y otros trabajos, no estaban señalados con anterioridad en ningún molde literario previamente armado. Para decirlo de otro modo, sólo se conocían en el mapa de la región fronteriza, Arizona Sonora, nombres de regiones y pueblos, sin otros pormenores que más allá de lo superficial pudieran dar razón de lo subjetivo en lo que respecta al espíritu, el alma, subyacentes en el solo dato que aparta un nombre geográfico. Para reiterar ahora lo comentado líneas antes: Los cartógrafos delineantes de los desiertos fronterizos, Sonora-Arizona, ciertamente, ya habían hecho su labor con gran conocimiento. Los nombres de lugares y sus respectivas locaciones aparecían con toda nitidez en los mapas pertinentes. Entonces, se sobreentiende el hecho de que la mera labor del cartógrafo es, por estricta necesidad, complementaria al escritor. Pues que de esta manera, en base a describir entrañas, atmósferas, y mentalidades labradas localmente, el simple nombre geográfico es dotado de alma. Así viene a resultar todo esto por efecto de las definiciones del literato en

cuanto al influjo determinista trascendente de climas, topografías y un sin fin de accidentes localistas que de alguna manera ciñen su sello en ideas, sentimientos y proceder, de los mismos caracteres predispuestos para ser novelables; y hasta podríamos alargarnos para coquetear con la idea de que también la apariencia física de los humanos va con la marca impresa por el lugar y naturaleza habitados. Creo que para el escritor resulta más fácil novelar en base a estilos, marco y trasfondos llevados a la práctica previamente por otros autores. En todo caso, el autor suele salir adelante en su intención pese a la falta de datos precisos volcándose hacia su cosmos interior, ahí donde la inventiva resuelve a su modo el interrogante que sea. Se me dirá que ya se ha escrito mucho empleando a los desiertos como escenarios. No obstante, no hay desiertos idénticos; si bien son concordantes en lo superficial, difieren en mucho unos de los otros en otras apreciaciones, someramente comentadas ya en líneas anteriores. A fines del siglo pasado el grupo de escritores mexicanos, conocidos como los "modernistas", dejaron de lado, naturaleza, paisajes y todo lo que sonara a mexicano, a cambio de otras equivalencias por demás conocidas y apreciadas universalmente; hasta los temas narrados por estos señores cultísimos eran ajenos al cosmos mexicano; muy bellos, eso sí. Afortunadamente en el caso de, *Peregrinos de Aztlán*, no había en mi memoria ninguna armazón prefabricada para emplearla como molde en donde cupiera mi intento literario. De modo que con la angustia de saberme en terreno totalmente desconocido en los anales literarios, eché a caminar, confuso, intrigado por una gran curiosidad, no obstante. Podía entender de pronto que la literatura no es cosa dable sólo en base a motivos dados en épocas muy lejanas, lugares y circunstancias remotas; sino también en lo que respecta a entornos y sucesos inmediatos, no fijados aun en letras. Además, como tuve la seguridad de que nadie leería mis escritos, decidí burlarme de tanta cosa ocuñada en favor de críticos y lectores, celosísimos de toda alteración a normas establecidas; dictaminadores, ciertamente, por el derecho que otorga el conocimiento propio del erudito. En todo un mundo de contradicciones convertí a mi flaca mentalidad, con mi pretensión de escribir sobre los seres fronterizos más alienados, tanto en su país de origen como en el ajeno.

Aunque me ha tocado viajar de constante, primero como trabajador migratorio, después en plan de maestro y autor, en realidad, a mi labor de escritor la he llevado en estricta soledad. No he participado en tertulias, ni en diálogos en torno a las letras, sistemáticamente. Da la casualidad que correspondo al grupo de escritores fronterizos, que además de ser relativamente pocos, estamos dispersos y escribimos en español. Quizá por estas razones más otras no especificadas, a cada día sigo redescubriendo el Mediterráneo. Si acaso pretendo develar ante mis congéneres que el mundo es apolotado y rota, los haré sonreír al menos.

Algo más, implícito en la novela, *Peregrinos de Aztlán*, que no había percibido de manera explícita, pude entender recientemente. Se me ocurre ahora fijar la lente en estos motivos que manejé con naturalidad en su momento, sin enterarme entonces que recién debutaban en plan de circunstancias y elementos, no comunes a las características ya implantadas en múltiples novelas y relatos. Me refiero al estilo, nada menos, conformado por varios niveles lingüísticos, además del español formal. Sé que la experimentación en torno al factor lingüístico llevado a las letras, no es cosa nueva. Entre otras muchas obras bástenos señalar un par, prohijadas en laboratorios lingüísticos: Martín Fierro, de José Hernández; y el Dante, con su romance italiano, cuyo padre el latín vulgar venía a ser un bastardo, venido a su vez de otro tal. Curiosamente, el vulgo goza de una postetad otorgada por Dios; esto es, desvirtuar los lenguajes que se tornan absoletos hasta arruinarlos totalmente, y dar nacimiento luego a otros novedosos plenos de potencialidades. Quizá, Nuestro Señor, lo ha determinado así, para recordarnos que la palabra también es espíritu, y nace como El: en un pesebre.

Volviendo a los *Peregrinos de Aztlán*, les comentaré lo sucedido a media novela. A esas alturas me sentía encantadísimo de constatar que mi prosa fluía suave y coherente; los sonidos, ideas, imágenes, y demás pormenores, placían a mi intento de enjaezar descripciones y diálogos con la dignidad debida a la lengua de Castilla. Pagué para que mecanografiaran el manuscrito de la novela en cuestión, ya en avance considerable; para de este modo apreciar el contexto y así determinar recortes o añadiduras. De pronto, tuve que palmotearme la frente. Mis desveladas de tantísimos días habían sido inútiles. Había errado completamente en el trazo de personajes tan diversos, tanto en mentalidades como en lenguajes característicos. Mi propósito de llevar a la novela lo más devalido e ignorado de las masas fronterizas, no resultaba convincente, ni siquiera en lo más mínimo. Decir, masas, multitudes, hambrientos, escarnecidos, esclavistas, no pasa de mera cosa abstracta; mucho menos si en cada especificación dada, se hace medida rasa mediante el uso de un solo lenguaje, una expresión uniforme, sin caer en el conocimiento de la realidad que significan las muy variadas dimensiones lingüísticas dobles en el habla de las masas, particularmente las fronterizas donde topan y remolinean lenguas extrañas, distantes entre sí desde sus mismas raíces; allí donde la desesperación y lo que viene señalándose como, explosión demográfica, se vuelven una sola espiral, plena de un dinamismo que mueve simultáneamente a tanto desgraciado, pululante en un caos donde el hambre y el extravío son la única brújula; sin descontar en escena a los andantes ocasionales y comparsas numerosos de corte localista, envueltos en un tráfago común, como el que suele darse en los hormigueros alborotados. Especificados estos elementos conformantes del cosmos fronterizo, bien podemos citar a unos cuantos: celadores aduanales y policía mordelona del lado mexicano; la “migra” y la chota prepotente del lado angloamericano, de la misma calaña de los buitres ambas autoridades, sumados en legión los lenones, mafiosos, pachucos, chicanos, distribuidores de drogas, lustradores de zapatos, obreros en derrota, putas hasta para tirar para arriba, hambreadores de porte elegante; mezclada también, la gente amolada, ésa que persiste en perpetuar la honra a fuerza de ser honesta entre un mar de sinvergüenzas de toda laya. Qué decepción, a mi primer proyecto de novelar lo había truncado mi torpe novatez, mi inexperiencia, contenidos en ése mi primer manuscrito, al que veía de lejos con rencor, esparcido sobre una mesa paticoja. Qué cosa más endeble; exhibía a los pachucos hablando como profesores; a los espaldamojadas o inmigrantes ilegales adueñados de una expresión propia de licenciados presuntuosos; las prostitutas a su vez, se comunicaban en una prosa poética con el recatamiento y la solemnidad propios de una Sor Juana Inés de la Cruz. En este caso, ficticio, para estas damas los padrotes resultaban en caballeros de la más rancia nobleza. Terminé riéndome burlescamente de mi mismo. Decididamente ni siquiera a los perros flacos es fácil inflarlos. Yo, que soñé con tanta intensidad y pasión en llegar a ser el escritor fronterizo, chicano y nortefío de México, dueño y señor de la potestad de poseer la lengua española, para erigir con ella la obra en letras que prendería en cada lector la consigna irreversible de no permitir que el idioma español se nos borre en la memoria, ni que sucumba por efectos de una negligencia imperdonable; mucho menos que a nosotros, descendientes de mexicanos nacidos en los Estados Unidos, se nos opaque la estrella brillantísima de nuestra lengua materna frente a otras lenguas ajenas, no sumadas a nuestras corrientes genealógicas, como es y debe de seguir siendo todo lo que concierne a la lengua castellana. Además por qué habríamos de permitir a los enemigos nuestros y de nuestro idioma que son tantos y tan poderosos, que nos prohiban hablar español entre nosotros. Ellos pretenden hacerlo ahora mismo por medio de leyes antidemocráticas, arbitrarias. Nosotros, nos afianzaremos al arma más poderosa e indestructible: la palabra, en nuestro caso específico, la palabra española.

Cuando caí en cuenta que había errado en mi intento primero de plasmar en letras al cosmos chicano, me enteré desde ese momento que me sería de rigor poner en juego los niveles lingüísticos afines, idóneos a la caracterización de cada personaje que desfilara por entre las páginas de mi novela, muy acorde al origen de cada cual, grupo social o étnico, pertinentes. Por espacio de varios días y noches rebusqué entre las entretelas de mi pobre sesera, todas las razones habidas y por haber, capaces de llegarme a lo más recóndito del convencimiento, y desde allí armarme de esa pasión que enciende el fuego creativo, auyenta el sueño e ignora el agotamiento, hasta darle final a tan arduo y complicado proceso, como es el de darle vida a una novela. El lograr la reconciliación conmigo mismo fue cosa de no sé qué mecanismos interiores, amén de ideas y argumentos con los que me enfrente a mi contrariedad para saberme dominador ante una circunstancia desafiante y vencerla al cabo en buena lid; pues no habría de sacrificar mi vocación de ninguna manera, para darme inerte a una autoderrota. Mi época, mi espacio, mi circunstancia única diferían de otra situación cualquiera, ya documentada a través de novelas, modestas o gloriosas; para el caso reveladoras de alguno de tantos microcosmos peculiarísimos. Bien que sigue Ortega, reinterándonos en su máxima, eso de que el hombre, aparte de ser él, es también su circunstancia. Guardando las debidas distancias, en mínima parte estamos imitando a los extraordinarios escritores españoles de la generación del 98, y a muchos otros más, por supuesto, cuando combinaban sus talentos y creaciones en un común anhelo de encontrar las mejores fórmulas y llevar avante a España, hasta el mejor de los destinos avizorados.

Bueno, no olvidar que detrás de estas referencias al afán nuestro de novelar; o en otro decir, de estrenar alas para levantar el vuelo, cuentan en mucho los reflejos de una comunidad chicana, cuya población, según recuentos recientes, llega ya a los 27 millones, más otros tres o cuatro no documentados; esto, sin contar a otros grupos procedentes también del universo hispanoparlante.

Tampoco podríamos ignorar el porcentaje elevadísimo que conformamos los mexicanos llegados a los Estados Unidos en éxodos numerosos, en ciertas etapas, por motivos de guerras internas o mundiales, atraídos siempre por el señuelo de la oferta y la demanda de la mano de obra barata que fuera. La peregrinación del mexicano desempleado hacia norteamérica se ha tornado continua. Decididamente, entre otros factores, el demográfico en mucha parte, propició desde la década de los cuarenta, el advenimiento del fenómeno pachuquista; que fue en verdad la primera rebelión del mexicanoamericano. Más tarde en los 60 se sucedieron otras manifestaciones reivindicadoras: la rebelión de Reyes Tijerina, la organización de los obreros agrícolas por César Chávez, y lo que conocemos como, movimiento chicano. Coincidentes con las manifestaciones aludidas, surgió la literatura chicana ya en franca presencia, más allá de simples atisbos. Nació, para reiterar, como nacen los pájaros, rompiendo el cascarón que la enclaustraba. Claro que fue el panfleto, el manifiesto, la proclama encendida, lo que despertó la magia de la palabra entintada, para dar cuenta en principio de modo caótico, ininteligible para el mundo universitario, de un historial chicano hasta entonces pétreo, como por efecto de encantamiento. curiosísimo fenómeno este de las letras chicanas, cuando ante el imperativo de una comunidad que pugnaba por encontrarse a sí misma, para mostrar su alma, su significado humanísimo, ante propios y extraños; improvisó, por así decirlo. una élite intelectual, artística, en la que los obreros constituimos una parte medular. Estoy refiriéndome a Tomas Rivera, obrero migratorio en gran parte de su vida; murió tan joven, Tomás. De la misma generación viene, Rolando Hinojosa, cantinero además. Entre otros mencionables están, Sergio Elizondo, Ricardo Aguilar, y otros varios, largo de enumerar.

Evidentemente, las definiciones clásicas tocante a los mecanismos que explican y

determinan la cosa literaria y sus entretelas, como que se tornan obsoletas en ciertos aspectos. Igual que pudiera ser el caso de algún otro fenómeno cualquiera, de entre aquellos inherentes a lo histórico, el de las letras ha pasado de evolutivo a revolucionante; dándose a merced de una relatividad en la que los medios de comunicación y de transporte, incluida la explosión demográfica, nos resultan dictaminadores en grado sumo.

Volviendo atrás, para seguir transparentando motivos que atañen a las letras chicanas al trasluz de, *Peregrinos de Aztlán* les diré, que para reemprender su confección, como decía, caí en comparaciones no odiosas, pero sí risibles, puestas ante movimientos literarios de gran fortuna en su cristalización. Vayamos por partes. Tan solo pegada a la frontera, México-Estados Unidos, pude entrever un corredor donde tienen asiento varias ciudades populosas, desde ambos lados fronterizos; que en conjunto sumarían más de 10 millones de habitantes de origen mexicano. Entre Los Angeles y San Diego unos cuatro millones, sumados otros tantos texanos, más los de Arizona, Nuevo Mexico, etc.. Aparte de otros varios millones de "raza" del lado de México. Ahora bien, cuando floreció el , Siglo de Oro, España contaría quizá algunos cinco millones de habitantes. De esa población emergieron los brillantísimos autores que legaron a la humanidad un universo luminosísimo, puesto a rutilar en letras, para siempre visible desde el rincón espacial que sea. Creo que los escritores, incluyéndonos los modestos, nos vemos también en D. Quijote. Nos lleva a escribir, una pasión, una locura sublime; pese a nuestra realidad de seres humanos vanidosos, egocéntricos, plagados de caprichos. En fin, que nos redima el hecho de que nos matamos escribiendo, obsesionados por una vocación loca, sin garantía a favor, en lo absoluto; se nos hace acreedores a garrotazos verbales en más de una ocasión; y alguna vez, por qué no, resuena el aplauso que nos aviva el fuego de la locura, por aquello de que nos damos enteros a las letras, de turbio en turbio y de claro en claro. ¡Bendita locura quijotesca!. Bueno, lo que quiero significar es que si han sido posibles tan altísimos monumentos literarios, porque nosotros no habríamos de erigir uno, pequeñito que fuera, que ponga en consideración nuestra existencia. En esa época de las letras españolas, mencionada, aparte del idioma castellano había ya en suelo español otros idiomas conformados de manera cabal. Nuestro caso, en particular, es tan contrastante a la mayoría de los que tienen que ver con alguna cierta iniciación en lo literario. Empezando con que los lenguajes diversos que emplean numerosos núcleos de nuestra gente, consisten en jergas, jeringozas, caló, con base estricta en el lenguaje español casi, casi siempre, sin descartar el hibridaje con el que se ha pintarrajeado del inglés. Sin embargo, siendo ésta, ineludiblemente, la circunstancia nuestra, literariamente hablando, había que tomarla de los cuernos, las greñas, o de donde fuera preciso; darle vida y encauzarla con decidido ímpetu. Más pronto que inmediatamente, dejé de lado las primeras páginas, huecas, algunas cien quizá, de *Peregrinos de Aztlán*. Otra vez a la carga; borrón y cuenta nueva. Di permiso entonces a cada uno de los caracteres que aparecían en el susodicho texto, con la consigna además, para que se identificaran justamente con el lenguaje con que lo hacían, cada cual en la realidad cotidiana, llanamente, sin tapujos, reticencias, ni rubores. Para esto caí en la cuenta de que estaba yo muy bien armado en cuanto al conocimiento de múltiples vulgaridades y de las especificaciones relativas al habla de cada grupo en cuestión. Puesto que me crié hasta los 14 años en un ejido de Sonora, el más pobre y típico del mundo rural mexicano; pues por supuesto que también hablo como los campesinos más humildes de mi terruño, y también como los más soberbios, por qué no. Trabajando por espacio de muchos años en la industria de la construcción, y en labores del campo, al lado de pachucos, chicanos, raza migratoria pobrísima proveniente de México, bien que asimilé sus modos y lenguaje hasta hacerlos parte mía. De noche, durante los mismos años de brega diurna, me di a la tarea, sin

tregua, de ir arrancándole sus secretos a la lengua española; muy lejos estoy aun de dominarla de manera cabal; no obstante, la empleo para describir panoramas exteriores o interiores, y en otros efectos en los que es factible concederle, aunque de manera modesta, el escenario ameritado a su luminosidad y grandeza. Así que con todo este bagaje a favor, me adentré solícito a lo convenido; y como suele decirse por ahí: a lo que te truje chenchá. Al fin, terminé la novela, *Peregrinos de Aztlán*, me divertí en grande en su procesamiento. Sufrí, también, como nos sucede a todos los que nos da por estas cosas. Después de esta novela he publicado tres más, más otros cinco libros de cuentos y dos libros inéditos en espera de ser impresos. Ni modo, caí en las meras garras de la fiebre esa, llamada “literaturitis aguda”.